

Ciudad-Luz

Es interesante observarlo históricamente. Recordemos que la arrogancia del pecado humano empieza allá en el Génesis con la construcción de una ciudad de la civilización pecaminosa de Caín, que se levanta contra Dios y lo que le había mandado luego de matar a su hermano Abel. O sea que, la primera ciudad fue construida como un acto de rebelión hacia Dios, queriendo demostrar autonomía de lo que Dios le había mandado como consecuencia de su pecado. Pero Dios, a través de la historia, propicia la redención de la ciudad escogiendo la ciudad de Jerusalén. Y ahora, en el final de los tiempos, desciende del cielo la Santa Ciudad, la nueva Jerusalén, en una demostración de que Dios actúa para restaurar al ser humano a partir de su propia fragilidad. Aquello que parecía ser una victoria del mal, del pecado y de la oposición a Dios, ¡ahora desciende del cielo celebrando la verdad de que el tabernáculo de Dios estará con los hombres! Y toda lágrima, tristeza, lloro, dolor y muerte ya no existirán más porque nuevas cosas están siendo hechas por ese Dios extraordinario y vencedor.

Por ello, lo de un nuevo cielo, nueva tierra y una ciudad Santa. Extirpando de ella el pecado. Sigamos leyendo Apocalipsis 21. “Ya está hecho. Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin. Al que tenga sed, yo le daré a beber gratuitamente de la fuente del agua de la vida. El que salga vencedor heredará todas las cosas, y yo seré su Dios y él será mi hijo.”

Ahora bien, no todos tendrán derecho de participar de esa ciudad maravillosa. los cobardes, los incrédulos, los abominables, los homicidas, los que incurren en inmoralidad sexual, los hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda.” La advertencia del texto bíblico es seria: no todos habitarán en la ciudad de Dios. Aquellos que fueren reprobados según estas características estarán ausentes de la ciudad del Cordero.

Y sigue diciendo: “Entonces se me acercó uno de los siete ángeles que tenían las siete copas llenas de las siete plagas finales, y me dijo: «Ven acá, voy a mostrarte a la novia, la esposa del Cordero.» Y en el Espíritu me llevó a un monte de gran altura, y me mostró la gran ciudad santa de Jerusalén, la cual descendía del cielo, de Dios. Tenía la gloria de Dios y brillaba como una piedra preciosa, semejante a una piedra de jaspe, transparente como el cristal. Tenía una muralla grande y elevada, y doce puertas; en cada puerta había un ángel, e inscripciones que correspondían a los nombres de las doce tribus de Israel. Tres puertas daban al oriente, tres puertas al norte, tres puertas al sur, y tres puertas al occidente. La muralla de la ciudad tenía doce cimientos, y en ellos estaban los nombres de los doce apóstoles del Cordero.”

Viendo y escuchando sobre esa ciudad pronto nos ponemos a pensar: '¿de verdad es esa ciudad una ciudad? ¿Es una ciudad literal? ¿Cómo es eso?' Observemos el texto, tenemos aquí una designación clara: “voy a mostrarte a la novia, la esposa del Cordero.” Y entonces el ángel lleva a Juan en espíritu y le muestra la Ciudad Santa, la nueva Jerusalén. Lo que vemos aquí, en la victoria final de Dios, es que vuelve a

habitar con el hombre. Tenemos el retorno a los orígenes. Lo que vemos en la nueva Jerusalén es una mezcla de lo que aparece en el Edén, en el tabernáculo, en el templo y también en la propia ciudad de Jerusalén. Existen dos elementos claros que se deben considerar. Uno, es que Dios habitará con los hombres en ese orden futuro que es un nuevo inicio. Y, dos, es que además parece ser también una figura, un símbolo.

No sabemos hasta qué punto podemos encontrar elementos literales en ese texto. Parece muy simbólico, contestando tu pregunta. Pero hay referencias a una especie de local o nueva dimensión o nuevo ambiente donde todo esto ocurrirá. Ahora bien, es sabio prestar atención al hecho de que el texto es en gran parte simbólico. Lo que quiere decir que tenemos una visión simbólica, imaginativa.

No saquemos tan rápido esa conclusión, porque mirando un poquito más adelante en el capítulo encontraremos más elementos para sacar conclusiones más objetivas sobre ese momento especial de la ciudad-luz, que se manifiesta viniendo de Dios. De hecho aparecen otros elementos, como una caña de oro para medir la ciudad, sus puertas y murallas.

La portaba el ángel que estaba hablando a Juan, actuando como un agrimensor podríamos decir. La conclusión que saca Juan es que la ciudad era cuadrangular, igual en largura que en anchura. Observa que la medida presentada en griego como doce mil estadios corresponde a dos mil doscientos kilómetros de largo y, naturalmente, también de anchura. ¿Te lo puedes imaginar? Eso es un área de casi 5 millones de kilómetros cuadrados solamente la superficie.

¡A la flauta! Esa sí que es una ciudad hiper, mega gigante. Las más grandes de este siglo XXI serían solo un vecindario de la ciudad celestial. Y tenemos más todavía. El ángel midió también el muro, que tenía alrededor de 65 metros de espesor. Imagínate qué medida extraordinaria -el griego dice: 'ciento cuarenta y cuatro codos'. El muro estaba hecho de piedras preciosas. Se habla de jaspe, de que la ciudad es de oro puro, semejante al vidrio, y que los fundamentos de los muros de la ciudad eran ornamentados con piedras preciosas -recordamos el libro del Éxodo con referencias directas a la ropa del sacerdote allá en el Antiguo Testamento.

Sí, la lista de piedras presentada en los versículos 19 y 20 es impresionante, y en el versículo 21 vemos también una referencia a que “las doce puertas eran doce perlas”.

Y qué perlas, porque cada puerta estaba hecha de una única perla, y la calle principal de la ciudad era de oro puro, como cristal transparente. ¿Te lo puedes imaginar?

Dice Juan que no vio en ella ningún templo, y la explicación que da es porque “su templo son el Señor y Dios Todopoderoso, y el Cordero.” ¿Lo ven? Una vez más tenemos el simbolismo triunfando en el Apocalipsis. Dice también que “La ciudad no tiene necesidad de que el sol y la luna brillen en ella...” Fíjate en el por qué... “porque la ilumina la gloria de Dios y el Cordero es su lumbrera.”

Dios es luz, ¿qué más precisaremos en esta nueva ciudad? Nada. Mira además, la influencia que ejercerá: “Las naciones caminarán a la luz de ella, y los reyes de la tierra traerán a ella sus riquezas y su honra.” ¿Han escuchado sobre la ciudad que nunca duerme en referencia a algunas que tienen actividad permanente? Observa cómo será en la nueva Jerusalén:

“Sus puertas jamás serán cerradas de día, y en ella no habrá noche. A ella serán llevadas las riquezas y la honra de las naciones, y no entrará en ella nada que sea impuro, o detestable, o falso, sino solamente los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero.”

Aquí vemos algo maravilloso. Además del triunfo de Dios al usar exactamente la figura de aquello que manifestaba la arrogancia humana enfrentando a Dios, esa ciudad, que en realidad es un cubo por su forma, recuerda el propio santo de los santos del tabernáculo. La altura de esa ciudad en la cosmovisión hebraica unía el cielo y la tierra. La ciudad representa la plena habitación de Dios con los hombres, porque desde Adán, desde el Edén, Dios ya no vivía plenamente con el hombre a causa del pecado. Las esperanzas empezaron a cambiar cuando Jesucristo, nuestro Señor, se hizo tabernáculo entre nosotros. El Verbo de Dios estuvo aquí en la tierra y nos trajo el mensaje divino y el plan de salvación para el perdón de nuestros pecados. Ahora, con la nueva Jerusalén, vemos el simbolismo pleno de que Dios un día estará habitando con nosotros de nuevo con todos los redimidos y salvos por la sangre del Cordero, que recibieron el perdón por la gracia de Dios por medio de aquello que Cristo hizo en la cruz por nosotros.

Me resulta por demás interesante observar cómo las medidas de esa ciudad están relacionadas con el número 12. Doce mil estadios, en griego; son 144 codos de muro, que son 12 veces 12. Varias veces el número 12 aparece, que es exactamente el número de las tribus de Israel y el número de los apóstoles. Y recordarás que 12 significa 3 veces 4, siendo el 4 el número del mundo y el 3 el número de Dios. ¡Lo que vemos es la acción plena y completa de Dios en la historia humana, triunfando con su victoria para habitar entre nosotros en la maravillosa ciudad-luz! Esto es algo que toca nuestro corazón que tal vez está enfadado, triste o molesto con algo que haya dejado nuestro corazón herido. Entonces, lo mejor es terminar recordando lo que Dios nos dice en los versículos 3 y 4.

Dice: “Aquí está el tabernáculo de Dios con los hombres. Él vivirá con ellos, y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos y será su Dios. Dios enjugará las lágrimas de los ojos de ellos, y ya no habrá muerte, ni más llanto, ni lamento ni dolor; porque las primeras cosas habrán dejado de existir.” A lo cual decimos: ¡Aleluya! ¡Amén!